

**Miguel de León. Los amores perdidos. Barcelona: Plaza Janés, 2016. 618 pp.**

Los amores perdidos de Miguel de León es una novela histórica, romántica y detectivesca en la cual se presenta la fuerte repercusión de la dictadura franquista en un pueblo de las Islas Canarias. Los protagonistas son Arturo Quíner y su esposa Alejandra. Ambos alcanzan a vivir en las postrimerías del régimen cuando se pretende instaurar la democracia. Ellos intentan hacer la diferencia en su entorno pero lo que impera en todas los niveles sociales es la corrupción política, económica y moral donde poco vale el sistema judicial. Tal pareciera que de no ser por la conciencia histórica de algunos de los personajes descendientes de quienes murieron en la Guerra Civil Española no habría esperanza para el triunfo de la justicia.

Cabría plantearse la comparación entre la pareja de los protagonistas con la pareja constituida por la madre de Alejandra, Rita Cortés y Francisco Minéo como personajes dobles pero también como contrafiguras. ¿Acaso Arturo no es el doble de Francisco en su afición a aunarse con el paisaje canario, emblematizado en esa piedra desde la cual ambos miran el mar? ¿No es verdad que Alejandra se demora como lo hiciera Rita Cortés al probarse a sí misma buscando la felicidad que ambas terminan por cifrar en el hombre que nunca han dejado de amar? Francisco y Rita no concuerdan entre sí en su relación con los bienes materiales, mientras que los protagonistas Arturo y Alejandra laboran junto a los trabajadores del Estero más por el bienestar de las personas más humildes que por su propio beneficio económico.

La caracterización de los personajes principales, secundarios y episódicos de esta novela sugiere el bagaje cultural de este escritor autodidacta. Dolores Bernal parece haber salido de la misma pluma

que empleara Rómulo Gallegos para crear a Doña Bárbara, ambas adorables villanas, obsesionadas por conservar poder y fortuna comprando favores de cuanto funcionario se les interponga en su camino. Además, Rita Cortés también parece tener encarnada un poquito a Doña Bárbara en su semejanza con Dolores Bernal. Las tres son manipuladoras a la “n” potencia y también muy capaces de borrarse del mapa sin que casi nadie perciba el amor maternal que las redime de sus errores.

Es cierto que la maldad de Dolores Bernal es superada con creces por Jorge Maqueda, patético y repugnante, epítome de la corrupción política, el machismo y la violencia de género. Dolores Bernal y Jorge Maqueda tienen en común su aversión a la homosexualidad de su único hijo varón como realidad en el caso de ella con Antonio, el Marrajo y como posibilidad en el caso de él con Pablo Maqueda, descendiente de ambos. En la caracterización de Pablo se advierten fuertes pinceladas del tremendismo de la primera generación de novelas de la posguerra española de corte naturalista. Al igual que su padre, Pablo es acosador de mujeres y asesino de sus contrincantes amorosos. Sin embargo, por encima de todo parece un ser enfermo de soledad causada en alguna medida por la abrupta separación y destrucción del mundo de su infancia. ¿Cómo no recordar en el caso de Pablo aquella confesión que rezaba: “Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo” del inolvidable Pascual Duarte? Y a veces hasta nos parece que debería apellidarse Buendía dada su similitud con algunos de los personajes masculinos tan contradictorios de Cien años de soledad.

La maestría de Miguel de León como escritor se advierte en su gran capacidad para observar y describir profunda y minuciosamente a los seres humanos no solo como son por fuera y por dentro sino también como se mueven y reaccionan, dejando a su lector boquiabierto al sentir que está contemplando escenas a veces tan realistas con un aire de las de Benito Pérez Galdós y otras veces tan

mágicorealistas al estilo de Gabriel García Márquez. El narrador de tercera persona omnisciente deleita al lector con sus múltiples descripciones: la clase que Rita recibe de su profesor de Historia del Arte, muestra de erotismo fino, muy delicado; la trampa del alcoholismo en que ella cayera por culpa de Fabio Nelli, el padre biológico de su hija...¿Quién no se acuerda de Fermina Daza de El amor en los tiempos del cólera paseando y comprando en el mercado bajo la mira de Florentino cuando ve a Rita mareando a los dependientes mientras ella no se cansa de seleccionar con sumo cuidado lo que desea comprar? También se destaca la descripción de la manera paulatina en que Arturo va desarrollando su gusto por la lectura durante su estancia en la Argentina, en un pasaje de naturaleza antológica sobre el efecto que tuvo en su alma que su diccionario de papel cebolla fuera arrastrado por las aguas del río Paraná; lo lamenta como quien pierde a un amigo.

La atmósfera de ensueño es el motivo recurrente en la relación de Arturo y Alejandra desde el primer momento en que se conocieron. La ensoñación es clave en la vulnerabilidad que siente Arturo por su esposa de quince años a quien desea respetar hasta que ella pueda tomar las riendas de su propia vida con madurez y responsabilidad. Ambos viven en esa atmósfera de ensueño mientras ella se va a estudiar a Nueva York, ambos tratando de pensar y sentir que su pareja no está al otro lado del Mar Atlántico sino compartiendo la misma alcoba. Como sabemos, gracias a Seymour Menton, la atmósfera de ensueño y la obsesión por los objetos son muy típicas del realismo mágico.

La poesía de muchos objetos descritos en Los amores perdidos es responsable en cierta medida de la belleza y lirismo de la novela: un vestido de novia guardado por treinta años antes de ser usado, las cajitas de fina madera e incrustaciones de piedras preciosas con las iniciales R.T. a cuya talla Francisco dedicara su vida entera y muy atesoradas por Alejandra, el cuaderno en que Arturo va plasmando su amor sublime y el tormento de tener que reprimir el deseo: “el

libro de bitácora de la travesía de amor que lo conducía al naufragio en medio de la nada.”

La caracterización de Arturo está anclada en unos principios firmes que dejan muy claro su estatura moral que nada tiene que ver con el falso catolicismo y el antifeminismo del régimen político que justifica la violencia. Algunos de esos principios provienen de su hermano mayor Ismael que fuera una víctima inocente de las ansias de poder y fortuna de los villanos: “Lo más canalla es sacar provecho de quien no puede defenderse.” “Nada importa sino lo que pensamos de nosotros mismos. Hoy daré mi vida a cambio de la tuya. Sé que la vivirás para merecerlo.”

Tal vez uno de los pasajes más brillantes de la novela sea aquél que problematiza el concepto postulado en su título y que define la visión que su protagonista tiene del amor:

*Creía que el amor son dos líneas trazadas en el paisaje azaroso de la vida y que cada cual dibuja la suya más donde puede que donde quiere. Si ambas líneas son concomitantes, se interfieren poco y cada uno ciñe la suya a la del otro, el amor será fructífero para ambos y pervivirá al avatar del tiempo. Cada vez que una de las líneas invade el territorio que no le corresponde, estará robando un trozo de libertad que tal vez el otro no pueda entregar. Si por el contrario las dos líneas dejan una tierra de nadie entre ellas, el vacío que resulta terminará convirtiéndose en un despeñadero en que el amor sucumbirá más pronto que tarde. La grandeza del amor radica en que entrega, en silencio y sin contrapartidas, mucho territorio de la propia libertad a la persona que se ama.*

Llegar al final de Los amores perdidos es constatar que Miguel de León, heredero de la novela de la posguerra, le hace el amor a la lengua española como lo hiciera Rubén Darío a la poesía a fines del siglo XIX, pero desde luego con la sensibilidad de un escritor del siglo XXI. Además, al ver la unidad de España tan resquebrajada últimamente, me pregunto si la visión del amor de Arturo no sería la mejor medicina que se necesita en sentido colectivo: “Las almas

no tienen edad(...) entre ellas no hay diferencias de conocimiento, ni de experiencia, ni de dolores antiguos. Solo son. Sabía que, por encima de todo, sus almas se habían encontrado para no separarse.” Yo quisiera pensar que sí porque el amor es la fuerza más grande que mueve a la humanidad y nunca se pierde. Lo que pasa es que siempre es el secreto mejor guardado en lo más profundo del corazón.

Lucrecia Artalejo, Cornell University PhD  
NEIU Emerita Associate Professor